

OLVIDO Y REIVINDICACIÓN EN HISTORIA MEDIEVAL: LA BIOGRAFÍA

José Luis Corral Lafuente
Universidad de Zaragoza

1. HISTORIA Y BIOGRAFÍA

Escribir historia es hacerlo sobre los hombres, sobre el pasado del hombre. El hombre, y la mujer, aparece así como protagonista, como único protagonista de ese pasado; no hay Historia sin personajes, hasta tal punto que se ha llegado a definir a la Historia como «algo escrito por los individuos acerca de los individuos»¹. Es cierto que también se suele hablar con cierta ligereza de «historia del tiempo», «historia de la Tierra» o incluso «historia del Universo», forzando demasiado un concepto teórico, el histórico, que debería estar reservado al estudio del pasado (ayer ya es pasado) de los seres humanos.

Los clásicos de la historiografía de los siglos XVIII y XIX lo tenían muy claro cuando hablaban de Historia para referirse en exclusiva al período temporal de la humanidad en la que ésta había dejado testimonios escritos, ajustando todavía más el concepto de historia al de memoria, sobre todo al de memoria

¹ E. H. CARR, *¿Qué es la historia?*, p. 46, Barcelona 1983. «El animal sólo evoluciona. El hombre, en cambio, tiene historia. al tomar conciencia de sí mismo y al esforzarse por realizarse a sí mismo mediante el desarrollo de todas las posibilidades que se le ofrecen» (según L. Kofler, la cita en H. FLEISCHER, *Marxismo e Historia*, p. 51, Caracas 1969).

escrita y por tanto conservada². De modo que había Historia cuando existían protagonistas personificados, con nombres propios y rostros e identidades concretos. Lo demás, el tiempo o las culturas y civilizaciones en los que los protagonistas eran anónimos, quedaba adscrito al mundo nebuloso de la Prehistoria o al folclórico de la Etnología. Carnes y huesos, almas y sentimientos de personajes reales a quienes poder identificar, eso era lo que el historiador tenía que contar, ahí es donde radicaba y cobraba todo su sentido la palabra «Historia».

Los personajes (que no las personas) relevantes se convirtieron así en los protagonistas, durante muchos siglos en los únicos protagonistas, de la Historia. En la Antigüedad, Herodoto, Tucídides, Plutarco o Tito Livio «necesitaron» personajes concretos para construir sus relatos; y es que los historiadores griegos más antiguos, los tradicionalmente considerados como «padres de la Historia», estaban obsesionados por poner rostros y nombres concretos a los autores de los logros del pasado, adjudicándoles nombres propios, como Homero, Licurgo o Solón³; una edad de grandes acontecimientos no podía entenderse sin héroes significados y una gran obra era impensable sin un personaje que la hubiera llevado a cabo. Lo mismo ocurrió en la Edad Media con Beda el Venerable, Eginhardo, Glaber o Froissart, que recurrieron a nombres y a protagonistas concretos para ilustrar los relatos de sus crónicas y anales; lo importante era el individuo que había logrado grandes metas y que gracias a sus valores personales «era historia» y hacía la historia. Y por supuesto que esta tendencia secular se acentuó todavía más si cabe a fines de la Edad Media y en el Renacimiento.

En este mismo sentido, la biografía no sólo era una parte de la historia, sino que en sí misma se convertía en la misma historia; así, durante mucho tiempo, el individuo monopolizó la Historia y la Filosofía de la Historia. Hubo que esperar al siglo XIX, a los postulados revolucionarios del materialismo histórico, para comenzar a encontrar vías de superación de estas tesis. El debate de la primacía en el devenir histórico entre el individuo y las masas se convirtió, tal vez, en el principal foco de discusión historiográfica. Si hasta mediados del siglo XIX la inmensa mayoría de los historiadores había considerado de manera incuestionable que eran los individuos, los grandes hombres, quienes hacían la historia, a partir del materialismo histórico las masas comenzaron a disputarles ese puesto⁴.

² R. G. COLLINGWOOD, *Idea de la Historia*, pp. 82–91, México 1993 (1ª ed. 1952).

³ CARR, *¿Qué es la Historia?*, p. 59.

⁴ J. FONTANA, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, pp. 145–148, Barcelona 1982, y L. KOLAKOWSKI, *Las principales corrientes del marxismo I. Los fundadores*, pp. 154–155, Madrid 1985. En palabras de Carlos Marx: «Pero si una superpoblación obrera es el producto necesario de la acumulación o del desarrollo de la riqueza sobre una base capitalista, esta superpoblación se convierte, a su vez, en palanca de la acumulación capitalista, e incluso en *condición de existencia del modo capitalista de producción*. Constituye un *ejército industrial de reserva* a

Claro que la aparición del materialismo histórico no fue tan contundente y triunfante como para impedir que en los primeros años del siglo XX la historia de la humanidad siguiera siendo mayoritariamente concebida como la historia (la biografía) de los grandes individuos⁵. El materialismo histórico planteó a lo largo del todo el siglo XX una de sus batallas más feroces contra la historiografía tradicional en este campo. Para la nueva historiografía de izquierda, los grandes hombres no eran nada, o casi nada pues caben muchos matices, sin la colectividad y su vida no podía entenderse, valorarse y explicarse fuera de la sociedad donde habían vivido y en la que se habían formado. Así, el individuo obraba, siempre y en consecuencia, como un ser social, como una pieza más de esa enorme estructura que constituía la sociedad, y dentro de ella como miembro de la clase o el estamento social al que pertenecía⁶. Con estos nuevos vientos soplando en favor del papel de las masas frente a los individuos, historiadores, sociólogos y filósofos de la historia analizaron al ser humano en su contexto socio-histórico, de tal modo que una mayoría, incluso los declaradamente no marxistas, acabó por aceptar de manera categórica que «la sociedad moldea al individuo»⁷.

En las últimas décadas del siglo XX nadie, bueno casi nadie, defendía ya la primacía del individuo sobre la sociedad en el análisis histórico, y no sólo por razones ideológicas y por planteamientos historiográficos, sino también por estética y por moda. El materialismo histórico parecía haber triunfado entre los años sesenta y ochenta del siglo XX, tanto en sus presupuestos metodológicos, seguidos por una buena parte de investigadores, como en el empleo de sus referentes conceptuales, aceptados y utilizados incluso por los historiadores que rechazaban el marxismo y sus métodos de análisis de las sociedades, y el interés por la historia social en las últimas dos o tres décadas del siglo XX atrajo a una buena pléyade de historiadores deslumbrados por el estudio de los movimientos sociales, el dinamismo de las masas y los fenómenos de aculturización y cambio políticos. El protagonismo de los grandes hombres, cuyas vidas y biografías habían copado durante tanto tiempo crónicas, anales e historias, había sido des-

disposición del capital, que le pertenece a éste tan absolutamente como si lo hubiera creado a sus expensas. Esa sobrepoblación crea, para las variables necesidades de valorización del capital, el material humano explotable y siempre disponible, independientemente de los límites del aumento real experimentado por la población»; la cita en K. MARX, *El capital*, vol. 3, cap. XXIII, pp. 786–787, ed. siglo XXI, 8 vols., Madrid 1975. Este párrafo de Carlos Marx, uno de los más lúcidos de *El Capital*, constituye el punto de partida para el análisis consiguiente de la trascendencia de las masas en la historia, aunque sean anónimas, como es el caso de ese *ejército industrial de reserva*, pieza fundamental de dominio en la economía capitalista. Un análisis en G. RUDÉ, *La multitud en la Historia*, Madrid 1971.

⁵ CARR, *¿Qué es la Historia?*, p. 60.

⁶ N. I. BUJARIN, *Teoría del materialismo histórico*, pp. 190–191, Madrid 1974.

⁷ CARR, *¿Qué es la Historia?*, p. 41.

bordado por la marea de las masas anónimas que tras más de un siglo de batallas historiográficas parecían haber logrado al fin el triunfo definitivo.

La Historia social se convirtió en la estrella del cada vez más confuso, aparentemente desideologizado y átono firmamento historiográfico. El interés por la Historia social lo inundaba todo hasta tal punto que incluso la otrora pujante Historia económica palidecía ante el brillo fulgurante de esta nueva y rutilante estrella⁸.

De las radicales afirmaciones de los marxistas más ortodoxos, que habían asegurado que «al margen de las organizaciones apropiadas... los líderes no podrían desempeñar papel tan importante»⁹, historiadores eclécticos y nada comprometidos con el cambio político y con las transformaciones sociales se manifestaban fervorosos entusiastas de la Historia social, en cuyo cultivo se encontraban realmente placenteros: «Mucho más carnal, sabrosa, y sobre todo útil que aquella superficial, de individuos excepcionales, príncipes, generales, prelados o financieros cuyas decisiones parecen gobernar las efervescencias del acontecimiento, me pareció a mí la historia del hombre corriente, del hombre en sociedad»¹⁰.

Los fallidos intentos de aventuras estrambóticas como la *Historia Total* o la *Nouvelle Histoire* se habían sumido en un fiasco de cuidado. Liados en una maraña de definiciones conceptuales que ni ellos mismos entendían de tan confusas y desajustadas, algunos historiadores, pretendiendo encontrar nuevos y revolucionarios caminos, se perdían en un tipo de historiografía que apenas acudía a lo esencial; parecía, a la vista de esos trabajos, que en la Historia no hubieran existido ni masas, ni ideología, ni siquiera hombres, y que el material del historiador hubiera quedado reducido a un amasijo de piezas inertes con las que construir un frío e inexpressivo mosaico, aunque dotado de un artificioso aparato pseudocientífico¹¹.

Y claro, en esta nueva aventura en la que no cabían ni siquiera los personajes más rutilantes, mucho menos podían hacerlo los movimientos sociales. Las reflexiones sobre individuo y/o sociedad navegaban en mares procelosos desprovistos del imprescindible equipaje científico. Los más afamados filósofos de la historia reflexionaban sobre el binomio dicotómico ser social-ser colectivo, y algunos concluían que «La historia es, en su carácter individual, algo absolutamente único que no se repite» y que «Lo que nos apropiamos como histórica-

⁸ Una síntesis en J. CASANOVA, *La Historia social y los historiadores*, Barcelona 1991.

⁹ BUJARIN, *Teoría del materialismo histórico*, p. 191.

¹⁰ G. DUBY, *La historia continúa*, p. 12, Madrid 1992.

¹¹ Ver estos planteamientos en J. LE GOFF, J. CHARTIER, y R. REVEL, *La nueva historia*, Bilbao 1988.

mente peculiar nos permite adelantarnos hacia la historia total como a un único individuo»¹².

Bueno, tal vez un poco mejor estéticamente, pero seguía sin entenderse casi nada.

Entre 1970 y 1990 la biografía quedó relegada a los rincones de la historiografía. Sólo de vez en cuando algunos historiadores de los calificados como «conservadores» y con mayor rareza alguno de los «progresistas» se atrevían a biografiar a un personaje de los reconocidos como grandes de la Historia Medieval, como Mahoma, Carlomagno o Gengis Kan, o algo menores como el conde Gaston Fèbus, el emperador Federico Barbarroja o el rey normando Roger II de Sicilia¹³.

No obstante, y aunque no se atrevieran a afirmarlo con rotundidad, temerosos tal vez de ser tachados de reaccionarios o de caducos y trasnochados en sus planteamientos historiográficos, algunos historiadores buscaron nuevos caminos y nuevas formas expresivas e incluso metodológicas para recuperar la biografía. Es cierto que al albur de esa búsqueda se hicieron algunas afirmaciones realmente tan sorprendentes como incomprensibles, tales como que «El modo autobiográfico refuerza una conciencia histórica superficial y con ella llega a tergiversar la realidad» o que «Hay una realidad inmensa fuera de los límites de la conciencia individual»¹⁴, pretendiendo descalificar la biografía como apuesta metodológica a la hora de escribir científicamente sobre el pasado, o incluso sobre el propio presente.

El psicoanálisis, aunque su uso tardó mucho en asimilarse, fue una de las propuestas más novedosas a la hora de analizar la biografía de un personaje. Aplicar a las grandes figuras históricas las técnicas de análisis psicológico que psicoanalistas como Sigmund Freud habían experimentado con seres humanos vivos a principios del siglo XX fue un reto demasiado atractivo como para no tenerlo en cuenta¹⁵. Se trataba de estudiar y analizar a los grandes protagonistas

¹² K. JASPERS, *Origen y meta de la Historia*, pp. 310 y 312, Madrid 1985.

¹³ Estos cambios «generacionales» pueden observarse en P. TUCOO-CHALA, *Gaston Fèbus. Un grand prince d'Occident au XIV^e siècle*, Pau 1976; F. CARDINI, *Barbarroja. Vida, triunfos e ilusiones de un emperador medieval*, Barcelona 1986; y P. AUBE, *Roger II de Sicile. Un normand en Méditerranée*, Paris 2001. En esta pérdida de prestigio de la biografía tuvo mucha influencia la escuela francesa de los Annales, «que defendía la primacía de lo social frente a lo individual y propugnaba una concepción de la historia abierta al encuentro con las restantes ciencias sociales» (J. VALDEÓN, «La Historia en España: Historia medieval», p. 24, en *La Historia en el horizonte del año 2000*, pp. 19–30, Zaragoza 1997).

¹⁴ J. WHITE, «Más allá de la autobiografía», p. 132, en *Historia popular y teoría socialista*, pp. 128–141, ed. de R. Samuel, Barcelona 1984.

¹⁵ COLLINGWOOD, *Idea de la Historia*, p. 275; y en general todo el apartado 4 de la quinta parte de esta obra, titulado «La Historia como recreación de la experiencia pasada». Sobre los

del pasado a través de su comportamiento psicológico, intelectual y vital. El desafío era interesante, pero no hubo manera de alcanzar grandes resultados; en primer lugar por la falta de formación interdisciplinar de los historiadores y además por el rechazo frontal de algunas escuelas historiográficas, que aunque anunciaban la necesidad de utilizar otras ciencias, mal llamadas auxiliares, en realidad empleaban este argumento como una mera excusa para tapar sus profundas lagunas metodológicas y su incapacidad para introducir planteamientos renovadores mucho más ágiles y dinámicos en su anquilosado discurso intelectual.

No obstante, es cierto que, aunque con más fracasos que aciertos, el psicoanálisis ha contribuido de manera importante a dirigir a los historiadores hacia investigaciones relacionadas con el sexo y sus relaciones, con los pasajes de la vida –nacimiento, matrimonio y muerte, sobre todo–, e incluso con el subconsciente y el intelecto –eso que llamamos a veces eufemísticamente «la Historia de las mentalidades»–¹⁶; pero no es menos cierto que el psicoanálisis como método para el estudio y el análisis histórico–biográfico ha sido utilizado de manera demasiado difusa, y siempre de manera indirecta, por la mayoría de los historiadores que se han acercado a esta parcela, ya que se han empleado con cierta profusión modos y maneras de la psicología social, pero apenas los conceptos y los métodos psicoanalíticos, hasta el punto que se ha afirmado con mucha razón que a fines del siglo XX, vale para principios del XXI, «El psicoanálisis en la historia está todavía poco desarrollado»¹⁷.

En consecuencia, en cuanto a la metodología y a las técnicas de investigación historiográficas se refiere, la utilización del psicoanálisis debe constituir un pilar esencial en la biografía, pues parece incuestionable que cuanto más y mejor se conozca el contenido y la modalidad de la intervención del sujeto, a través por supuesto de la interrelación individuo–sociedad, en el proceso del conocimiento histórico, mucho mejor podremos entender la obra humana, y solamente humana, que es la Historia. Pues, sin ninguna duda, «Eliminar al sujeto de la región cognoscitiva es suprimirla»¹⁸, y eso significaría arrojar por la borda un extraordinario caudal de conocimientos y de posibilidades, a los que los historiadores hemos renunciado irresponsablemente durante demasiado tiempo.

métodos del psicoanálisis para historiadores, ver S. FRIEDLANDER, *Histoire et psychanalyse*, París 1975.

¹⁶ M. VOVELLE, *Ideologías y mentalidades*, pp. 51–79, Barcelona 1985. Un ejemplo cultista de este tipo en C. GINZBURG, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona 1981.

¹⁷ H. COUTAU–BEGARIE, 1983, *Le phénomène «Nouvelle Histoire»*, pp. 85–86, París 1983.

¹⁸ A. SCHAFF, *Historia y verdad*, p. 344, Barcelona 1976.

Obviamente, el psicoanálisis no debe en ningún momento trascender por encima de las fuentes históricas. «La Historia se escribe con fuentes», se ha repetido machaconamente, y no deja de ser una verdad de peso, pero no lo es menos que en no pocas ocasiones «Entre la verdad histórica y el historiador se impone una pantalla que son las fuentes»¹⁹, en especial, añadido por mi cuenta, cuando se trata de fuentes biográficas²⁰ y sobre todo cuando esas fuentes no se limitan a «narrar los hechos» de un personaje sino a valorar sus hazañas y sus conquistas o a resaltar sus errores y sus fracasos²¹.

Y es que escribir la biografía de cualquier personaje supone introducir, ya de partida, una enorme dosis de subjetividad²², mucho mayor que la que suele aparecer en la historia de una nación, en la de una cultura, en la de un pueblo e incluso en la propia historia social. Escribir una biografía implica adentrarse en la vida de un personaje, revivir su propia existencia, valorar su comportamiento y juzgar sus actos. Y hacerlo supone considerar los valores personales, pero también los del grupo a que perteneció y posicionarse ante ello. En no pocas ocasiones el uso de materiales etnológicos en el análisis histórico ha supuesto poner de relieve el carisma de un grupo a partir de la revalorización de un determinado individuo de ese grupo²³. En Francia no se ha dudado en resaltar algunos valores de la monarquía carolingia, y con ello de la propia institución monárquica, basándose en la valoración y extrapolación del carisma de Carlomagno, de modo que reconocer sus valores y cualidades ha supuesto la rehabili-

¹⁹ DUBY, *La historia continúa*, p. 35.

²⁰ Significativos son los casos de personajes medievales tan controvertidos como Atila (P. HOWART, *Atila*. Barcelona 2001), Mahoma (M. GAUDEFROY-DESMOMBINES, *Mahoma*, Madrid 1990) o Gengis Kan (J. L. CORRAL, *El amuleto de bronce. La epopeya de Gengis Kan*, Barcelona 1998), sobre los cuales las fuentes son tan diversas y contradictorias que según el empleo que se haga de ellas el perfil del personaje puede cambiar de manera sustancial.

²¹ El patriarca de Constantinopla Miguel Celulario (santo para los bizantinos y perverso hereje para los romanos), el caballero castellano Rodrigo Díaz de Vivar, El Cid (héroe para los cristianos y perro infiel para los musulmanes) o Ricardo Corazón de León (perfecto caballero para unos y monarca insensato para otros) son personajes de muy variada valoración en las fuentes y en la historiografía posterior.

²² C. GARCÍA GUAL, «Novelas biográficas o biografías novelescas de grandes personajes de la Antigüedad: algunos ejemplos», p. 57, en *La novela histórica a finales del siglo XX*, pp. 55–62, Madrid 1996.

²³ Ha ocurrido con Erik el Rojo y su hijo Leif Eriksson, vikingos protagonistas del descubrimiento, exploración e intento de colonización de Groenlandia y América del Norte, cuyas hazañas viajeras y sus descubrimientos geográficos han reivindicado a todo un pueblo, el escandinavo, condenado por la historiografía occidental durante mucho tiempo a convertirse en un mero grupo de bandidos, piratas y ladrones. Esta simbiosis mimética entre biografiado y colectivo al que pertenece se ha utilizado mucho en las biografías de los personajes andalusíes, sobre todo por M. CRUZ HERNÁNDEZ, *Abu l-Walid ibn Rush (Averroes): vida, obra, pensamiento, influencia*, Córdoba 1986, A. ESPINOSA, *Almanzor. Al-Mansur el Victorioso*, Madrid 1998, y J. VALDEÓN, *Abderramán III y el califato de Córdoba*, Barcelona 2001.

tación de la monarquía feudal, que ha sido sobrevalorada por ello por encima de otras instituciones de la época²⁴; en este mismo sentido, es bien conocido el uso y abuso que en la historia de España se ha hecho con la monarquía y el papel político que jugaron los Reyes Católicos, o los panegíricos, cada vez más abundantes y sin sentido, sobre el papel de los reyes en las distintas etapas de la historia de España.

La metástasis (valga en este caso el término médico para asuntos humanos) entre individuo y grupo social al que pertenece es mucho más frecuente en la valoración de los historiadores, y me refiero a los historiadores de todas las épocas pero muy especialmente a los medievales, de lo que pudiera parecer. Un individuo excepcional deja una huella profunda como tal, pero su influencia provoca el traslado de su carácter y de sus normas de comportamiento a los individuos de su profesión, de su condición social o de su grupo, creando así una especie de original marca distintiva en el colectivo al que pertenece²⁵. Por eso se ha dicho con mucha razón que «También hay que considerar los carismas profesionales y de categoría. Para quedarnos en la Edad Media, pensemos en el prestigio que a partir del siglo V tienen el herrero y el orfebre, cuyas imágenes mágicas recorrerán cantares de gesta y sagas»²⁶.

Individuo y grupo; correlación entre individuo y grupo; confluencia e influencia del grupo en el individuo; decisión y dominio del individuo sobre el grupo; individuo y clase social; conciencia de clase y mentalidad de clase: muchos planteamientos cruzados, demasiadas interrelaciones causales en el meollo mismo de la biografía²⁷; demasiados caminos para elegir, para poder discernir el

²⁴ J. LE GOFF. 1985, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, p. 142, Barcelona 1985.

²⁵ Los biógrafos suelen aplicar a sus biografiados las características tópicas del pueblo o cultura al que pertenecen: los vándalos eran unos bárbaros sin escrúpulos, destructores de la civilización romana; los vikingos se dedicaban al saqueo y al pillaje; los judíos eran hábiles comerciantes y taimados prestamistas; los venecianos hábiles diplomáticos y sagaces mercaderes; los bizantinos estériles polemistas y mentirosos compulsivos; los castellanos arrojados guerreros y nobles severos; los ingleses pérfidos, los escoceses aguerridos, los franceses refinados... Así, estos tópicos sobre el carácter nacionalista han recaído sobre los biografiados que pertenecían a cada uno de estos grupos por el mero hecho de ser miembro de uno de ellos. A remolque de estos planteamientos, la historia de las mentalidades se ha preguntado si existe un inconsciente colectivo, pero sólo se ha respondido a partir de la aseveración de Carlos Marx de que «los hombres hacen su historia pero sin saberlo» (VOVELLE. *Ideología y mentalidades*, p. 89).

²⁶ LE GOFF. *Lo maravilloso y lo cotidiano...*, p. 142.

²⁷ Como se ha hecho en ocasiones con las circunstancias biológicas del individuo biografiado: «Se trataba, sin duda, de un displásico enano con reacción acromegálica», se dijo del rey Enrique IV de Castilla (G. MARAÑÓN, *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla*, p. 78, Madrid 1941). Más recientemente se ha reivindicado la importancia de las enfermedades en la biografía de los grandes personajes; es lo que se ha dado en llamar «patobiografía»: un ejemplo en J. GONZÁLEZ IGLESIAS, *Bocas imperiales*. Barcelona 2001.

verdadero carisma individual, el que en verdad permite «reconsiderar en la historia el papel del gran hombre que la reducción sociológica sólo había esclarecido imperfectamente»²⁸.

Por todas esas razones, y otras muchas, la biografía, y en concreto la biografía de personajes de la Edad Media, ha sido considerada con un género menor, relegado a colecciones de historias de reyes o de personajes relevantes que algunas editoriales han sostenido sin más criterio que el puramente nominal²⁹. La falta de criterios en estas colecciones ha propiciado la aparición de títulos muy desiguales, y es que el biógrafo articula su discurso historiográfico en función de documentos y testimonios, por supuesto, pero introduce «una dosis de interpretación personal, que va más allá del hecho histórico en sí mismo. El biógrafo interpreta la actuación del personaje según su propia visión de su carácter, su psicología, su *ethos* personal, y tiende a darnos una apreciación moral de los actos del mismo»; es por eso que el punto de vista del biógrafo, además de distinto del historiador especialista en la sociedad o en la economía, suele prestar mucha más atención a los «gestos y rasgos personales del biografado y por los gestos del alma»³⁰.

Pero en los últimos años, desde principios de la última década del siglo XX, la peyorativa consideración de la biografía como género está cambiando sustancialmente. Quizás como respuesta al prematuramente anunciado «fin de la Historia», los historiadores más combativos han reaccionado y han buscado nuevas respuestas al reto provocador³¹. Preocupados porque su mensaje llegaba cada vez a menos gente, convencidos de que la manipulación política de la historia podía acabar con decenios de luchas reivindicativas, contemplan cómo decaía el interés por la historia, cómo los lectores estaban condenados, si se aventuraban a hacerlo, a soportar momentos tediosos en las páginas de algunos libros, y convencidos de la trascendencia social de su trabajo, los historiadores

²⁸ LE GOFF, *Lo maravilloso y lo cotidiano...* p. 142.

²⁹ Como ocurre por ejemplo en la colección de biografías de la editorial francesa Fayard, donde se trata, entre otros, a personajes medievales como Godofredo de Bouillon (P. Aube), Carlos VI de Francia (F. Autrand), Guilelmo el Conquistador (M. de Boüard), Marco Polo (J. Heers), Luis XI y Ricardo III (P. M. Kendall) o Juana de Arco (R. Pernoud). Más irregular todavía es la serie sobre los reyes de España de la editorial La Olmeda, en la que diversos autores biografan a Pedro I de Castilla (L. V. Díaz Martín), Alfonso X el Sabio (M. González Jiménez), Alfonso VI (A. Linage Conde) o Enrique II (J. Valdeón), entre otros muchos.

³⁰ GARCÍA GUAL, «Novelas biográficas...», pp. 56–57.

³¹ Al anuncio exagerado y absurdo de F. FUKUYAMA sobre *El fin de la historia*. Madrid 1990, le respondieron con contundencia demoledora varios historiadores, entre otros, C. HILL Y T. JUDT, en *A propósito del fin de la Historia*, editado por A. RYAN. Valencia 1994, y J. FONTANA, *La historia después del fin de la historia: reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*. Barcelona 1992.

más comprometidos han buscado nuevas formas de expresión y nuevos caminos para hacer valer lo esencial de su tarea.

En esta línea, la biografía, como también la novela histórica³² o la utilización de los recursos multimedia³³, ha surgido con una nueva fuerza y ha generado nuevas expectativas, tal vez, y no deja de ser cierto, a causa del conservadurismo político, a veces camuflado de laborismo o de socialdemocracia, y del individualismo consiguiente que inunda Europa occidental desde hace más de una década. Interesada en minimizar los valores de la historiografía de izquierdas, la historiografía conservadora ha procurado evitar, anunciando su superación, cualquier confrontación y debate ideológicos. Y aquí, ni siquiera la Edad

³² En los últimos años los profesionales y académicos de la historia han cambiado sustancialmente su posición ante el fenómeno de la novela histórica. De despreciarla e ignorarla –tal vez por desconocimiento, tal vez porque algunas editoriales presentan como novelas históricas obras muy deficientes–, han pasado a considerarla y valorarla muy positivamente. Desde los últimos dos o tres años del siglo XX la novela histórica ha pasado a ser estudiada en seminarios de historia (y no sólo de literatura), y cada vez es más frecuente su utilización como recurso pedagógico. En los Estados Unidos es raro el curso o congreso de historia que no contempla un apartado sobre novela histórica. Novelas como *Juliano el Apóstata* de Gore VIDAL o *El conde Belisario* de Robert GRAVES han reflejado la decadencia del paganismo en el siglo IV en el primer caso y la sociedad bizantina en el siglo VI en el segundo mejor que muchos libros de historia. Sobre el auge de la novela histórica, ver. E. MONTERO y M. C. HERRERO, *De Virgilio a Umberto Eco. La novela histórica contemporánea*. Madrid 1994; K. HOHUT (ed.), *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la postmodernidad*, Frankfurt–Madrid 1997; J. ROMERA, F. GUTIÉRREZ y M. GARCÍA–PAGE (eds.), *La novela histórica a finales del siglo XX*. Madrid 1996. Para Daniel Fernández la buena narrativa histórica «es la que resuelve a la perfección el oximoron de la novela histórica... La novela, el arte, la capacidad de narrar, termina por vencer y dominar, claro está. Pero es cierto que al finalizar la lectura de las *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar, por poner un ejemplo obvio, la historia se convierte en un relato donde se revive una historia hija de la Historia» (D. FERNÁNDEZ, «¿Existe un «boom» de la novela histórica en España?», *Clio*, 1, p. 132. Barcelona noviembre 2001). Para José Luis Corral una buena novela histórica debe reunir tres características: explicar un pasado real, reconstruir fielmente una época y conseguir que lo contado sea creíble (J. L. CORRAL, «¿Existe la novela histórica como género?», *Clio*, 3, p. 18. Barcelona enero 2002).

³³ Al número casi infinito de revistas especializadas en historia se han sumado en los últimos años revistas de divulgación, con altas tiradas y una gran red de distribución en quioscos. Estas revistas tratan de presentar la historia de una manera amena y directa, utilizando para ello las técnicas de venta más comerciales, con proliferación de fotografías en color, reproducción de mapas y planos de gran calidad, reconstrucciones virtuales de escenas o acontecimientos históricos, artísticos dibujos de recreaciones arqueológicas, etc. A la vez, han proliferado los museos y los centros de interpretación que pretenden «acercar la historia a todos los ciudadanos». Y es aquí donde las biografías de los grandes personajes han encontrado un lugar muy confortable, especialmente cuando se detallan aspectos de la vida cotidiana e íntima de los protagonistas: la sexualidad de Catalina la Grande de Rusia, las relaciones matrimoniales de Enrique VIII de Inglaterra, la pasión amorosa de Juana I de Castilla o la vitalidad de Leonor de Aquitania. El cine de tema histórico también ha recuperado en la última década el gusto por la biografía, como la del caudillo escocés sir William Wallace en *Braveheart* (1995) de Mel Gibson o *Juana la Loca* (2001) de Vicente Aranda.

Media se ha salvado, pues a ella se ha recurrido en no pocas ocasiones para sostener las posturas más reaccionarias, especialmente en lo que se refiere al origen de naciones y estados; en otras palabras: «...la ideología es una relación imaginaria de individuos con sus condiciones reales de existencia, podría haber actuado como advertencia para aquellos autores para los que la doctrina de los tres órdenes proporciona una visión tosca de la realidad social de la Edad Media»³⁴.

2. BIOGRAFÍAS DE LA EDAD MEDIA

Toda biografía necesita de al menos uno de estos dos requisitos indispensables: o bien que el biografado sea un personaje de relieve histórico o bien que aun no siéndolo, sus hechos, sus obras o su propia peripecia vital despierten el interés suficiente como para escribir su biografía.

Por lo que respecta a la Edad Media, existen centenares de personajes que han sido enormemente relevantes, pero en muchos casos, sobre todo durante la Alta Edad Media, los datos disponibles son en ocasiones muy escasos, y desde luego insuficientes para poder dibujar una biografía detallada, salvo que, como ya hiciera Plutarco con algunos protagonistas de la Antigüedad, a la falta de documentos se añada una buena carga de intención moral y ejemplarizante, atribuyendo al individuo en cuestión valores y virtudes o vicios y errores que se pretendan resaltar³⁵. Estas carencias documentales suelen ser suplidas para los personajes de la Alta Edad Media añadiendo a la biografía la coletilla de «y su tiempo» o «y su época».

En no pocos casos, sobre todo en los personajes cuya vida y obra sigue influyendo de alguna manera en los hombres del presente, las dudas del biógrafo que pretende ser imparcial se manifiestan desde el principio, obligando justificarse con preguntas tales como «¿Es posible trazar un retrato fiel y eficaz de fundador del Islam?»³⁶, al abordar, en este caso concreto, una biografía de Mahoma.

Y es que los grandes personajes no suelen dejar a nadie indiferente y el historiador, en este caso el biógrafo, no es ajeno a los odios o querencias que despierta el biografado. En este sentido, el caso de Carlomagno, un soberano muy

³⁴ S. RIGBY. «El marxismo y la Edad Media», p. 36, en *A propósito del fin de la historia*, pp. 31–38. Valencia 1994.

³⁵ GARCÍA GUAL. «Novelas biográficas...», p. 56.

³⁶ F. GABRIELI. 1965, *Mahomet*. p. 55, París 1965.

benignamente estudiado por los historiadores europeos³⁷, ha sido tratado en general con mucho respeto e incluso con admiración no disimulada, pese a afirmar que se iba a evitar hacerlo: «Yo no pretendo escribir un panegírico de Carlomagno, ni elevar un arco de triunfo en su honor. Hay también otros órdenes de grandeza: el del pensamiento, el de la creación artística y literaria, el de los sentimientos, el del bien, el de la sensibilidad, también el de la acción, la grandeza»³⁸; esto se ha dicho, nada más y nada menos, del primer emperador de la dinastía de los carolingios.

Pero todavía se ha ido más allá de la loa acrítica con el primer emperador de los francos, al afirmar, con suma ligereza nacionalista y no poca pasión chovinista cegadora, que «La historia de Carlomagno es la de un rey y de un pueblo que condujo, inseparablemente ligados»³⁹.

Asertos de este tipo, y todavía más exagerados, suelen encontrarse con demasiada frecuencia en libros de historia que se presentan bajo el aspecto de biografías pero que en realidad son la crónica de una época, del tiempo en el que vivió el personaje que da título a la obra. Este tipo de biografía suele carecer de elementos que no sean los tópicos manidos de las archiconocidas crónicas⁴⁰, identificando, como en los más rancios tiempos de la historiografía conservadora allá por las dos últimas décadas del siglo XIX, a personaje y época, en una relación de esclavitud del historiador con la fuente que maneja en pos de un falso cientifismo.

Para la Alta Edad Media, además, lo mítico y lo legendario suelen confundirse con demasiada frecuencia con lo histórico cuando se trata de narrar la vida

³⁷ La valoración de Carlomagno ha sido muy favorable en Europa durante los últimos mil doscientos años, y en sus «biografías» se destaca su sabiduría, su bonomía y el mecenazgo hacia el arte y la cultura. Se habla a menudo del «Renacimiento carolingio» e incluso se ha creado un importante premio con su nombre para agasajar a quienes han contribuido a la unidad europea. Pero este soberano fracasó estrepitosamente en su proyecto político, persiguió y ejecutó cruelmente a miles de sajones y atropelló a cuantos pueblos de Europa pudo (R. COLLINS, *Charlemagne*. Londres 1988, y A. BARBERO, *Carlomagno*, Barcelona 2001).

³⁸ G. TESSIER, *Charlemagne*, p. 52, París 1967.

³⁹ R. MUSSOT-GOULARD, *Carlomagno*, p. 10, México 1986.

⁴⁰ Es el caso del seguidismo de algunos historiadores de Carlomagno a partir de la obra de Eginhardo *Vita Karoli*; pero todavía más acusado en las biografías de Gengis Kan, emperador de los mongoles, cuya vida se ha recreado casi sin excepción a partir de la crónica adversa de Alá ad-Din (J. A. BOYLE, *The History of the World-Conqueror by 'Ala al-Din 'Ata-Malik Juvaini*, 2 vols., Manchester 1950); entre otros muchos, así lo han hecho en los últimos sesenta años R. GROUSSET, *Le conquérant du monde*, París 1944; M. PRADWIN, *Gengis Khan*, Barcelona 1953; H. LAMB, *Gengis Khan*, Madrid 1985; y L. de HARTOG, *Gengis Khan. Conqueror of the World*, Nueva York 1989. Curiosamente ha sido en dos novelas biográficas de Gengis Kan en donde se ha huido de la visión sesgada de las fuentes sobre este extraordinario personaje (P. SARGEANT, *Gengis Kan. El soberano del mundo*, Barcelona 1994, y J. L. CORRAL, *El amuleto de bronce. La epepeya de Gengis Kan*, Barcelona 1998).

de los personajes, y en algunos casos, como ocurre con el rey Arturo, no sólo no está claro el límite entre ambos (mito e historia), sino incluso la misma existencia histórica del protagonista⁴¹. Y es que en todos ellos, como ocurre con el propio Carlomagno, existe un lado «real y otro mítico, creado por la imaginación épica o la propaganda política»⁴².

Es en estos casos cuando la discusión sobre el personaje en cuestión presenta más sombras. Sobre Hugo Capeto, el fundador de la dinastía que en el siglo X sustituyó a los carolingios en el trono de Francia, la disputa de los historiadores se ha basado en si fue un hábil político con los recursos suficientes para aprovechar las oportunidades a su favor, o se convirtió en un mero instrumento de una conjura de intrigas que lo desbordaron como soberano y como hombre⁴³.

Claro que, cuando los fundamentos del biógrafo fallan, sea por carencias metodológicas o por lagunas documentales, siempre queda el recurso de «su época y su tiempo», como ocurre con una biografía del califa de Bagdad Harún ar-Rasid, donde se dedica mucho más espacio al tiempo del personaje que al personaje mismo⁴⁴, pese a que existe documentación más que suficiente para construir una detallada biografía de este soberano.

Todos estos presupuestos son aplicables al más universal de los personajes medievales hispanos, El Cid. Biografiado en la *Historia Roderici* desde el mismo momento de su muerte –el primer castellano de condición no real en serlo–, mitificado en romances, cantares y poemas en los siglos siguientes a su muerte⁴⁵, la figura de Rodrigo Díaz de Vivar ha sido sin duda el paradigma de una biografía manipulada, manida, utilizada y tergiversada hasta la saciedad. La biografía más reciente sobre El Cid ha pretendido, en palabras de su autor «... evocar aquí la imagen del Campeador a la luz de las fuentes históricas con los claroscuros de un caballero del siglo XI, tan lejos de la cidofobia de Dozy como de la cidofilia del maestro Menéndez Pidal, pero todavía más ajenos a cuantas descalificaciones de nuestros días que sólo proceden del rencor, de la ignorancia y de la incapacidad de comprender cierta clase de valores»⁴⁶. Pero, ¿de qué va-

⁴¹ La figura de Arturo de Bretaña ha convivido durante un milenio con la leyenda. Desde las novelas medievales de los siglos XII y XIII a la recopilación que sir Thomas MALORY hizo a fines del siglo XV en *La muerte de Arturo* (ed. Siruela. 3 vols., Madrid 1985), el ciclo artúrico ha creado la imagen de un personaje en el que el mito se ha apoderado de la propia realidad. Véase la excelente recreación literaria del premio nobel norteamericano J. STEINBECK, *Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros*, Barcelona 1979

⁴² TESSIER, *Charlemagne*, p. 52.

⁴³ E. POGNON, 1966, *Hugues Capet, roi de France*, p. 67, París 1966; también Y. SASSIER, *Hugues Capet*, París 1987.

⁴⁴ A. CLOT, *Haroun al-Rachid et les temps des Mille et Une Nuits*, París 1986.

⁴⁵ J. L. CORRAL, *El Cid*, nota de autor, pp. 567–570. Barcelona 2000.

⁴⁶ G. MARTÍNEZ DÍEZ, *El Cid histórico*, p. 15. Barcelona 1999.

lores se trata?, ¿de los que nos han transmitido las fuentes cristianas, en las que existe una interacción exagerada entre leyenda e historia, con abundantes falsificaciones⁴⁷, o de los muy negativos aspectos que recogen las fuentes musulmanas?⁴⁸.

Porque si nos atenemos al sesgo de unas determinadas fuentes, la valoración de la figura del Cid es la que se hace en esa reciente biografía: un guerrero invicto, un caballero ideal en su lucha contra el Islam, un vasallo siempre fiel a su rey, un político magnánimo y generoso, un hombre justo, un juez ecuánime, un hombre veraz y generoso, un buen esposo y padre de familia, un cristiano creyente y cumplidor con su fe y un gran señor⁴⁹. Pero si analizáramos su figura desde otras perspectivas más amplias y universales, tal vez la valoración del héroe castellano sería otra bien distinta⁵⁰.

En ocasiones, el historiador, quizá sin proponérselo en principio, utiliza el género biográfico para reivindicar al biografado. San Bernardo es sin duda una de las grandes figuras de la Iglesia medieval; como todo renovador, sus propuestas fueron calificadas a veces de demasiado utópicas. Para reivindicar su obra, alguno de sus biógrafos ha recurrido a aseveraciones tales como «Era profundamente humanista, no vivía más que para y por los hombres» o «San Bernardo no era un visionario»⁵¹. ¿Biografía o hagiografía?

Cuando el biógrafo pertenece a la clase, al grupo o a la secta del biografado la objetividad suele dejar cabida a valoraciones muy favorables y sesgadas. En estos casos, muy abundantes por cierto incluso para personajes que vivieron en la lejana Edad Media, suelen introducirse elementos fantásticos fabulados e incluso inventados para recrear de manera vivaz y colorista «el *bios* del personaje»⁵². Sirva como ejemplo una biografía sobre san Luis de Francia, a quien no sólo se identifica de nuevo con su época, como si ambos –personaje y época– hubieran sido envueltos por una relación cósmica, sino que se hace de san Luis el paradigma de toda una era, encarnando en él «la imagen más viva y más justa de lo que la Edad Media ha querido hacer del hombre» y presentándolo como «una figura de excepción, no por el ejercicio superior de una cualidad sobre los otros, sino por una armonía semejante a los de los

⁴⁷ J. PEÑA. *El Cid. Historia, leyenda y mito*, pp. 226–227 y 302. Burgos 2000.

⁴⁸ M. J. VIGUERA, «El Cid en las fuentes árabes», en *El Cid, poema e historia*, pp. 55–92. Burgos 2000.

⁴⁹ MARTÍNEZ DÍEZ. *El Cid...*, pp. 428–449.

⁵⁰ Una biografía novelada de Rodrigo Díaz de Vivar, con un amplísimo manejo de las fuentes cronísticas, diplomáticas, geográficas y literarias pero con intención de superarlas, en J. L. CORRAL, *El Cid*. Barcelona 2001.

⁵¹ Z. OLDENBOURG, *Saint-Bernard*, pp. 202 y 207, Paris 1970.

⁵² GARCÍA GUAL, «Novelas biográficas...», p. 56.

otros, sino por una armonía semejante a los de los hermosos ritmos profundos del alma medieval»⁵³, nada más y nada menos.

Sin llegar a semejante paroxismo adulador, otros personajes también han sido tratados, al margen de su propia personalidad, como iconos del tiempo que les tocó vivir. La vida de alguno de ellos está repleta de tantos episodios relevantes que pudieran parecer legendarios, pero que fueron históricos, como ocurre con Fernando el Católico, lo que unido al premeditado alejamiento personal, la frialdad de trato, la calculada ambigüedad estratégica —¿o tal vez incapacidad para decidir con celeridad?— y la opacidad sentimental de este monarca⁵⁴, lo convirtieron en un verdadero modelo de príncipe renacentista, no sólo en sus actos políticos, sino también en sus actuaciones personales y en la representación de su papel histórico.

Con tantos condicionantes, el género biográfico se presenta a principios del siglo XXI como el más difícil, el menos estereotipado y el que más retos ofrece al historiador medievalista. Tal vez por ello se introduzca una biografía sobre Alfonso X el Sabio de esta manera: «Este libro, escrito desde la admiración por el más universal de los reyes hispánicos medievales, no pretende ser... la respuesta a las muchas cuestiones que el complejo reinado de Alfonso X plantea al historiador»⁵⁵. Claro que siempre existe el recurso, muy utilizado por los historiadores positivistas conservadores, de solventar el reto acudiendo al relato de una mera sucesión de acontecimientos cronológicos, como si de una crónica medieval de un reinado se tratara⁵⁶. Tampoco faltan quienes biografían a su personaje intentando despojarlo de su condición pública para sumergirse en su perfil humano: «...en definitiva de lo que se trata es de bucear en lo que de ese hombre de carne y hueso que fue el soberano de Castilla y León (Alfonso VI) no tuvo trascendencia para sus súbditos y contemporáneos»⁵⁷.

Por fin, están las biografías que utilizan el carisma del personaje como detonante e hilo conductor del mismo. En este caso se utiliza toda la documentación disponible, con especial atención a las diferentes valoraciones, épicas y

⁵³ Duc de LÉVIS MIRENDOIX, *Saint Louis. Roi de France*, pp. 31 y 127, Paris 1970.

⁵⁴ Por ejemplo. R. del ARCO, 1939, *Fernando el Católico. Artífice de la España Imperial*. Zaragoza 1939. Aunque con mayor criterio y objetividad: «Es imposible saber cuáles eran los proyectos que Fernando pensaba poner en práctica después de su boda» (A. SESMA MUÑOZ, *Fernando de Aragón. Hispaniarum Rex*, pp. 47 y 71, Zaragoza 1992). Una revisión a la baja de la capacidad política de Fernando el Católico, tildado de indeciso y dubitativo, en J. E. RUIZ-DOMÉNEC, *El Gran Capitán. Retrato de una época*, Barcelona 2002.

⁵⁵ M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *Alfonso X, 1252-1284*, p. 8, Burgos 1999.

⁵⁶ Ver como ejemplo de este tipo de biografía el libro de G. MARTÍNEZ DÍEZ, *Fernando III (1217-1252)*, Burgos 1988.

⁵⁷ A. LINAGE CONDE, *Alfonso VI. 1065-1109*, p. 12, Burgos 1994; este autor es de los primeros en introducir en un libro de historia citas a novelas históricas en las que «sale» Alfonso VI, tales como *El peregrino* de Jesús Torbado o *Urraca* de Lurdes Ortiz.

legendarias incluidas, que se han vertido sobre él, desde las contemporáneas hasta las más recientes. Ésta es la técnica utilizada en una biografía sobre Guillermo el Mariscal, el paradigma de caballero–soldado de la segunda mitad del siglo XII. Utilizando un poema de veinte mil versos escrito por un poeta que lo siguió durante treinta años, se ha construido una biografía en la que el autor, a partir de esa fuente contemporánea sobre el personaje biografiado, afirma que «Le oímos hablar. Está vivo. He aquí un caballero que era para mí más que un hombre o un transeúnte furtivo entrevistado en los recovecos de un documento. Evoqué ese personaje truculento, pretencioso, un poco limitado, malicioso»⁵⁸. Algo similar ocurre con una biografía de Agnès Sorel, cuyo protagonismo en la Francia del siglo XV fue eclipsado por el de Juana de Arco, pero que también hizo méritos suficientes «desde el instante de su muerte» para entrar en la leyenda⁵⁹. O con el temperamental Savonarola, tal vez el último personaje que podríamos definir canónicamente como «medieval», cuyo temperamento, calificado como «agresivo y que no convenía a la vida monástica», ha sido historiado a partir de citas, siempre muy interesadas, de sus propios contemporáneos⁶⁰.

3. HACIA UNA NUEVA BIOGRAFÍA

En una reciente entrevista el profesor Josep Fontana resaltaba alguna de las carencias que los historiadores han arrastrado en los últimos años: «El historiador se ha recluido en una especie de gueto académico en el cual produce historia para los colegas o para círculos interesados. Me parece que el gran reto es volver a implicarse en los problemas y en lo que sucede en el mundo»⁶¹. En efecto, el academicismo excluyente, la pretensión de hacer una historia científica sin otro objetivo ni otro destino que los propios colegas, la falta de compromiso político y social, la endogamia profesional y el autismo cívico a lo que todo esto conduce ha provocado en la última década que la historiografía, especialmente en España, se haya alejado mucho de la vida real.

En el caso del género biográfico, cuya recuperación comienza a dar buenos frutos⁶², esas carencias han sido tenidas en cuenta y los anaqueles de las librerías

⁵⁸ G. DUBY. *Guillermo el Mariscal*, pp. 155–156. Madrid 1992.

⁵⁹ R. PHILIPPE. *Agnès Sorel*, p. 220, Saint–Amand 1983.

⁶⁰ D. CORDERO, 1986. *Savonarola. Voce calamitosa 1452–1494*, Roma–Bari 1986.

⁶¹ Entrevista de Xavier CASALS a Josep FONTANA. Revista *Clio*, 6, pp. 24–25, Barcelona abril 2002.

⁶² Por ejemplo los recientes libros de H. BARRIOS GUTIÉRREZ. *Pedro I el Cruel: la nobleza contra su rey*, Madrid 2001; P. GARCÍA TORAÑO, *El rey don Pedro el Cruel y su mundo*, Madrid 1996; E. MITRE FERNÁNDEZ, *Una muerte para un rey: Enrique III de Castilla (Navi-*

se han poblado, y lo siguen haciendo, de biografías —noveladas o no— que están alcanzando un notable éxito y llegando a los lectores de historia, recuperando así, y gracias en parte a la biografía, el pulso perdido en los últimos tiempos⁶³.

Una nueva forma de escribir biografías de los grandes y pequeños personajes de la Edad Media ha comenzado a calar entre los profesionales de la historia, conscientes de que a través de la vida de los protagonistas del Medievo es tal vez más fácil llegar al lector medio y recuperar la pasión por la historia y por su conocimiento.

A comienzos del siglo XXI todavía nos seguimos preguntando quién debe ser el protagonista de la historia, las grandes figuras o las masas. El profesor Fontana ha respondido a ese interrogante con su habitual maestría: «La historia no debería tener un protagonista, como no lo tiene la realidad. La realidad tiene unos protagonistas múltiples, y la historia ideal que debería construirse en el futuro sería aquella donde se pudiesen escuchar todas las voces conjuntamente, en forma de relato polifónico»⁶⁴.

Pero en la biografía, habitualmente escrita en tercera persona, y por tanto desde el punto de vista del biógrafo⁶⁵, son las grandes figuras de la historia las que ejercen ese protagonismo, que todavía se acentúa más cuando el historiador, en este caso ejerciendo de novelista, biografía a su personaje en primera persona, en forma de memorias. En ese caso la verosimilitud parece mucho mayor, al ser narrada en primera persona y dar una sensación de proximidad que no tiene la narración en tercera persona, pero esta técnica suele quedar reducida al campo de la novela, o todo o lo más al del ensayo heterodoxo, especialmente cuando se utilizan textos escritos, o pretendidamente escritos por el biografiado, lo que suele ser muy habitual en algunas crónicas medievales⁶⁶.

dad de 1406), Valladolid 2001; o J. O'CALLAGHAN, *El Rey Sabio. El reinado de Alfonso X de Castilla*. Sevilla 1999.

⁶³ Es el caso de B. PEREIR PAGAN, *El Papa Luna, Benedicto XIII*. Madrid 1999; L. SUÁREZ, *Enrique II de Castilla. la difamación como arma política*. Barcelona 2001; J. E. RUIZ-DOMÈNEC, *El Gran Capitán...*; o M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Juana la Loca...*

⁶⁴ J. FONTANA, *Clío*, 6, p. 24.

⁶⁵ GARCÍA GUAL, «Novelas biográficas...» p. 57.

⁶⁶ La técnica literaria del uso de la primera persona se sigue utilizando de manera total (J. L. CORRAL en *El Cid*) o parcial (J. MAESO DE LA TORRE en *Benedicto XIII. El papa Luna*. Barcelona 2002) en novelas históricas que reconstruyen con fidelidad la biografía de los personajes protagonistas. José Luis Corral pone en boca del catayano Ye-Liu Tch'u ts'ai, quien escribió varias obras históricas a comienzos del siglo XIII y llegó a ser canciller del imperio Mongol, lo siguiente: «No siempre he logrado discernir lo verdadero de lo falso de cuanto me han confiado. Los hombres rememoran aquello que más les ha impactado y no todos recuerdan la misma acción de similar manera» (J. L. CORRAL, *El amuleto de bronce...*, p. 17).

En este sentido, como se ha señalado muy oportunamente, conviene diferenciar entre biografía y novela con esquema biográfico⁶⁷. Ambas son susceptibles de utilizar los mismos recursos científicos –documentales y metodológicos–, pero el lenguaje empleado es distinto, más «aséptico» en el primer caso, más comprometido en el de la novela.

No obstante, desde mi punto de vista, la biografía es el género más apropiado para acercar al lector no profesional de historia a la Edad Media. En primer lugar porque a través de buenas biografías de los personajes más «populares» pueden desmontarse muchos de los tópicos que, en el superficial y sesgado conocimiento colectivo⁶⁸, han mostrado una Edad Media desenfocada y simplista, y además porque el empleo de la biografía otorga al historiador unas posibilidades de narrar los sentimientos y los comportamientos humanos como ningún otro género histórico.

El compromiso de los historiadores que escriben biografías de personajes medievales a principios del siglo XXI es casi unánime: situar al personaje en su contexto histórico huyendo de la hagiografía y de las descalificaciones viscerales. Pero, ¿se trata de buscar la objetividad o de justificar una nueva forma de manipulación más eficaz y sofisticada?

En el año 2000 se finalizó la secuenciación del mapa del genoma humano y en el 2001 esa misma secuenciación se presentó ordenada. Desde entonces, los historiadores disponen de un nuevo instrumento científico para estudiar el pasado biológico de los seres humanos –una parte importante de su biografía–, y, cuando se disponga del material genético oportuno, de una nueva fuente de datos para el estudio de la cadena genética, de la patología y de la propia biología de los personajes. ¿Será posible ahora trazar, por ejemplo, un mapa genético de las dinastías reales de nuestro medievo? ¿Se permitirá publicar estudios que pueden acabar de un plumazo con el mito de la herencia de la sangre? ¿Se aceptará una nueva visión del hombre?

A principios del siglo XXI la biografía de personajes de la Edad Media sigue siendo tan atractiva como ya lo fuera, por otras razones, a mediados del siglo XX. Ahora es tal vez más necesaria que nunca, porque es cierto que «La autobiografía puede reforzar los valores capitalistas de tal manera que su tono general (a pesar de pequeñas críticas que contenga) sea políticamente melifluo, negativo y nada provocativo»⁶⁹, y pueda, como de hecho se sigue haciendo, utilizar la vida de un personaje para transmitir un mensaje conservador y alieneante. Pero no es menos cierto que los historiadores comprometidos, los que consideran que la historia es ahora, como en su momento lo fue la poesía, un

⁶⁷ GARCÍA GUAL. «Novelas biográficas...», p. 56.

⁶⁸ J. HEERS. *La invención de la Edad Media*, Barcelona 1995.

⁶⁹ WHITE. «Más allá de la autobiografía»... p. 133.

arma cargada de futuro, tienen en la biografía de personajes como Atila, Justiniano, Mahoma, Carlomagno, el papa Gregorio VII, Enrique II de Inglaterra, Leonor de Aquitania, Boccaccio, el papa Luna Benedicto XIII o Isabel la Católica unos ejemplos extraordinarios para diseccionar el comportamiento y los sentimientos humanos⁷⁰, y enseñarnos a los hombres y mujeres del siglo XXI que valores como la fortaleza de ánimo, la prudencia, el sentido de la justicia, la sana ambición, la defensa de lo propio, el orgullo, la imaginación, la libre creatividad, la tenacidad o la fe en la capacidad de uno mismo son valores que siguen teniendo vigencia y que constituyen los pilares básicos de aquello más noble que atesora el espíritu humano: la defensa de la libertad, la salvaguarda de la justicia y la lucha por la igualdad.

⁷⁰ En algunas novelas biográficas sobre la Edad Media se ha sabido captar de manera excelente «el espíritu del biografado y el de la época que vivió»; entre otras, G. BRADSHAW, *Teodora, emperatriz de Bizancio*, Madrid 1996; G. CHAUVEL, *Saladino. El unificador del Islam*, Barcelona 1994; H. A. L. CRAIG, *Bilal. El sirviente de Mahoma*, Barcelona 1995; H. LAMB, *Omar Khayyán*, Barcelona 1996; A. DUGGAN, *El conde Bohemundo. Crónicas de la Primera Cruzada*, Barcelona 1992; H. S. HAASSE, *El bosque de la larga espera*, Barcelona 1992; R. NYE, *Vida y muerte de Gilles de Rais*, Barcelona 1993; o G. SINOUE, *Calixto I. El papa olvidado*, Barcelona 1994.